



Apertura de curso de la Facultad de Teología de San Esteban - 2009

“Señor misericordioso, contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos” (Sap 9, 9).

Esta forma de describir la sabiduría de Dios puede inducir a comprenderla como un sujeto o principio de acción distinto de Dios. La sabiduría se consideró tan cercana a la realidad de Dios que fue presentada con frecuencia como la forma de actuar de Jahvé, como si fuese su agente. Pero en realidad se trata sólo de una personificación literaria de una acción o cualidad divina. Así se canta en el salmo 136, 5: *“Al que hizo los cielos con sabiduría, porque es eterno su amor”*. O se confiesa en el libro de los Proverbios: *“El Señor fundó la tierra con sabiduría, estableció los cielos con inteligencia”* (Prov 3, 19).

La experiencia de la sabiduría por el hombre se va logrando a partir de la experiencia natural; pero a la vez se interpreta como don de Dios. La sabiduría es patrimonio propio de Dios, el cual por gracia la comunica a los hombres, lo mismo que les da su “espíritu”. *“Toda sabiduría viene de Dios”* (Prov 1,7; Eclo 1,11-30; Job 28, 28) y sólo él puede comunicarla a los hombres (Prov 2,6).

La sabiduría es el arte de conducirse en la vida en sentido moral y religioso, y tiene su principio en el temor de Dios (Prov 1,7); la sabiduría es la “fuente de la vida” (Prov 4,23; 10,11; 13,14; 16,22) y “el camino de la vida” (Prov 6,23; 10,17; 15,24); es fuente de paz y de salud y se basa en el cumplimiento de los mandamientos.

El don de esta sabiduría es suplicado por el israelita piadoso, que desea vivir en fidelidad a Dios: *“Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras y me guardará en su esplendor”*. (Prov 9, 10-11).

Hay otra forma superior de sabiduría que consiste en la explicación del misterio de la vida humana y del universo; esta sabiduría es propia en exclusiva de Dios y sólo Dios conoce el camino que lleva a ella. Esta sabiduría es el arquitecto que dirige la obra de la creación y la facultad con la que Dios gobierna y dirige todo lo creado; todas las cosas creadas son un reflejo de la sabiduría de Dios.

Ante esta sabiduría de Dios reconoce el israelita humilde su limitación: *“¿Qué hombre conoce el designio de Dios, quien comprende lo que Dios quiere?”* (Prov 9,13). *“Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano:*



¿Pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría enviando tu Santo Espíritu desde el cielo? (Prov 9, 16-17).

Hay que resaltar la conexión que se establece en este último versículo entre el don de la sabiduría y el envío del Espíritu Santo. El conocimiento del designio salvador de Dios para los hombres sólo es posible con la sabiduría que viene dada con el envío del Espíritu Santo. Sólo con la sabiduría que procede del Espíritu Santo “*serán rectos los caminos de los terrestres*”, los hombres aprenderán lo que agrada a Dios, y los que agradan a Dios se salvarán.

El breve texto evangélico hoy leído se enmarca en el contexto de los diálogos de Jesús con sus discípulos para despedirse de ellos.

El capítulo 14 ha comenzado con una llamada de Jesús a mantener la calma y confiar en él, que va a la casa del Padre a preparar un lugar para sus discípulos: “*os llevaré conmigo para que podáis estar donde voy a estar yo*” (Jn 14, 3); pues, “*yo soy el camino*” y “*nadie pueda llegar hasta el Padre, sino por mí*” (Jn 14, 7).

Estas palabras han suscitado en Felipe una total adhesión, que se expresa en un anhelo profundo de alcanzar ya, ahora, lo que Jesús ha anunciado: “*Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta*” (Jn 14, 8).

La respuesta de Jesús al impaciente anhelo de Felipe le hace ver que ese deseo ya le ha sido misteriosamente cumplido en el conocimiento del Hijo, que proclama las palabras del Padre y hace las obras del Padre: “*el que me ve a mí, ve al Padre*” (Jn 14, 9), porque “*yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*” (Jn 14, 11). Así completa Jesús la revelación de su más íntimo misterio a sus discípulos.

El conocimiento de esta misteriosa identidad de Jesús con el Padre fundamenta la confianza de los discípulos en el cumplimiento de su misión, una vez que Jesús se haya ido al Padre: “*Os aseguro que el que cree en mí, hará también las obras que yo hago... porque yo me voy al Padre*” (Jn 14, 12) y “*cualquier cosa que pidáis en mi nombre os lo concederé, para que el Padre sea glorificado en el Hijo*” (Jn 14, 13).

Y, de forma especial, el conocimiento de la identidad de Jesús con el Padre asegura con toda certeza el cumplimiento de la promesa del envío del Espíritu Santo para volver “*a estar con vosotros*” (Jn 14,18). Este cumplimiento está garantizado además por la oración del mismo Jesús: “*Y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros...el Espíritu de la verdad*” (Jn 14, 16-17), que llevará a los discípulos al conocimiento de la verdad que ya han creído. “*Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros*” (Jn 14, 20). Y el conocimiento de la comunión de vida con Jesús en el Padre se manifestará como plenitud en la comunión en el amor: “*El que acepta mis preceptos y*



los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

Esta enseñanza de Jesús, desde el comienzo hasta el versículo 22 del capítulo 14, halla una breve síntesis en texto del Evangelio hoy leído: *“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23).*

La transición entre ambos textos viene marcada por una pregunta de Judas: *“Señor, ¿cuál es la razón de manifestarte sólo a nosotros, y no al mundo?” (Jn 14, 22).* Esta pregunta indica que Judas ha interpretado las palabras de Jesús, que ha utilizado reiteradamente el término “vosotros”, como referidas sólo a los discípulos. La respuesta de Jesús aclara que sus palabras van referidas no sólo a los discípulos, sino a todo el que le ama y se mantiene fiel a sus palabras.

La iniciativa en el amor no la lleva el creyente, sino el Padre. Así lo explica la primera carta de Juan: *“Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados” (1 Jn 4, 9-10).* En este texto del apóstol, como ordinariamente en el Evangelio de Juan, se indica el amor de Dios a los hombres en pasado, como el hecho que da origen a la nueva vida del hombre. Pero en el texto del Evangelio de hoy, se habla del amor de Dios como un hecho futuro: *“el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 21)... “mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23).*

La prometida manifestación futura de Jesús al que lo ama – *“me manifestaré a él”* – ¿de qué manera se realiza? No tendrá lugar sólo como manifestación de Jesús en su venida al final de los tiempos, sino que se realiza en el presente de la fe y consiste en una comunión perfecta de amor; y no sólo con Jesús, sino también con el Padre. Con Jesús se manifestará el Padre, porque: *“el Padre y yo, decía Jesús, somos una misma cosa” (Jn 10,30).* Y esta manifestación consistirá en una morada permanente.

En la tradición de Israel el lugar santo, el templo, era una figura que anunciaba la futura morada de Dios en medio de su pueblo. El Logos hecho carne se presentó como el encuentro entre el cielo y tierra: *“Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre” (Jn 1, 51).* E igualmente como el templo escatológico: *“Destruid este templo y en tres días lo levantaré de nuevo... El templo del que hablaba Jesús era su propio cuerpo” (Jn 2, 19.21).* Ahora, según la promesa de Jesús, es el creyente el que, por su comunión de amor con el Hijo, se convierte en morada de Dios. De esta manera el camino de los discípulos hacia el Padre, llevados por Jesús, se completa ahora con la venida del Padre hacia los discípulos fieles a Jesús. Así queda superada la separación entre el hombre y Dios; y así, el hombre que busca al Padre ve colmado su anhelo por el Padre mismo que viene a él. Ahora, la promesa de Jesús: *“mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn*



14, 23) puede ser comprendida como la respuesta a la petición de Felipe: “*Señor, muéstranos al Padre, eso nos basta*” (Jn 14, 8).

Guardar la Palabra por amor, mediante las obras que proceden de la fe, ha sido vinculado a la promesa de la morada de Dios en cada uno de los discípulos que aman al Hijo, Jesús. La promesa final del Espíritu Santo se refiere a la garantía de la inteligencia de la Palabra por parte de los creyentes a lo largo de los tiempos. Gracias al Espíritu Santo, enviado por el Padre en nombre de Jesús, los discípulos podrán comprender y vivir todo lo que el Hijo les ha revelado. Concluido el tiempo de la revelación histórica de Jesús de Nazaret, viene el tiempo de la permanente asimilación de esa revelación por obra del Espíritu Santo, que llevará a los discípulos a una comprensión de la Palabra más profunda y completa que cuando fue anunciada por primera vez en la tierra.

La promesa del Espíritu Santo es una clave para leer el Evangelio de Juan desde la misma convicción desde la que fue escrito, es decir, desde la comprensión profunda que el evangelista tiene del misterio del Hijo por la gracia del Espíritu Santo.

La función iluminadora del Espíritu Santo se basa en su envío por el Padre en nombre de Jesús. Jesús mismo, habiendo sido enviado por el Padre, no habló sus propias palabras, sino las recibidas del Padre (Jn 14, 10. 24). El Espíritu Santo, a su vez, no va transmitir una enseñanza que le sea propia, sino la que oye de Jesús: “*El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que yo os he dicho*” (Jn 14, 26). El último anuncio de la venida del Espíritu Santo desarrolla esta idea de forma más explícita y completa: “*Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa. El no hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha oído... El me glorificará, porque todo lo que os dé a conocer, lo recibirá de mí*” (Jn 16, 13-14). En la obra de la revelación hay entre Jesús y el Espíritu hay una sintonía semejante a la existente entre el Hijo y el Padre.

Al Espíritu se le asignan dos funciones: enseñar y recordar. En el cuarto Evangelio, como en la tradición bíblica, “enseñar” tiene el sentido de interpretar auténticamente la Escritura y actualizarla para el presente y para el futuro. En consecuencia, la enseñanza del Espíritu Santo consistirá en reavivar en los discípulos el recuerdo de las palabras de Jesús. Y se acentúa la referencia a la totalidad de la enseñanza de Jesús al afirmar que el Espíritu es quien conducirá al creyente al conocimiento de la verdad completa, de “todo lo que os he dicho”, en cumplimiento del anuncio escatológico de Jesús: “*Y serán todos instruidos por Dios*” (Jn 6, 45).

La función de “recordar” indica que el Espíritu introducirá la enseñanza de Jesús dentro de las conciencias. Recordar, de acuerdo con el lenguaje bíblico, implica no sólo el recuerdo de un hecho anterior, sino hacer memoria y actualizar su significado; en este caso, “recordar” implica actualizar la revelación del Hijo.



Al hacer que los discípulos recuerden las palabras de Jesús, el Espíritu no se limita por tanto a colmar las lagunas de una memoria quebradiza; hace que se comprenda el sentido que estaba oculto hasta entonces y permite interpretarlo en profundidad, a la luz de la pascua.

El evangelista ha señalado por dos veces en sus relatos la experiencia de una memoria que se despierta y se ilumina. Después de la frase de Jesús: «*Destruid este templo, y en tres días yo lo levantaré de nuevo*» (Jn 2, 19), comenta: “*El templo del que hablaba Jesús era su propio cuerpo. Por eso, cuando Jesús resucitó de entre los muertos, los discípulos recordaron lo que había dicho, y creyeron en la Escritura y en las palabras que él había pronunciado*” (Jn 2, 21-22).

Después de entrar en Jerusalén montado en un asno, cuando la gente sale a su encuentro, Jn indica: “*Al principio, sus discípulos no comprendieron estas palabras, pero cuando Jesús fue glorificado, lo recordaron y cayeron en la cuenta de que aquellas palabras de la Escritura se referían a él y se habían cumplido en él*” (Jn 12, 16).

En ambos textos la comprensión por parte de los discípulos presupone el acontecimiento pascual y la Escritura interviene como un factor decisivo en el «recuerdo».

La función del Espíritu en relación con el mensaje del Hijo es hacer de la comunidad el lugar en donde se recibe siempre de nuevo su revelación y se actualiza de forma creativa en la existencia de los creyentes. Esta función del Espíritu hace posible que la palabra de Jesús permanezca viva a lo largo de los siglos.

En el cuarto evangelio, especialmente en el discurso de despedida, los discípulos representan a todos los creyentes venideros. Por ello, el don del Espíritu se promete a todos los miembros de la comunidad cristiana. La primera carta de Juan lo confirma cuando dice a propósito del Espíritu Santo: “*Vosotros...tenéis el Espíritu que viene de Dios y lo sabéis todo... El Espíritu que habéis recibido de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; antes bien, ese Espíritu, que es fuente verdad y no de mentira, os enseña todas las cosas*” (1 Jn 2, 20.27).

En el comienzo de un nuevo curso académico sentimos la necesidad de que el Espíritu Santo continúe llevando a plenitud en nosotros la obra que ya ha comenzado, y pedimos que renueve en nuestros corazones su morada y actualice en ellos la memoria viva de todo lo que el Señor nos ha enseñado, para que guardemos su Palabra por amor y demos testimonio de ella con gozo.

El mismo y único Espíritu transforma nuestro pan en cuerpo de Cristo y nos lo entrega como sacramento de la morada permanente de Dios en nosotros. Así todos los actos de nuestra vida tendrán su principio en la inspiración del Espíritu Santo y serán llevados por él a la perfección.